

—Gracias. Lo haré en tu nombre.

Se oía el «Cara al sol» lejano.

El enorme vagón se había transformado, apenas en cinco minutos, en un dormitorio. Crucé hacia la banda masculina. Algunas chicas, bien envueltas en mantas, reposaban sobre el santo suelo. Por la mañana me explicaron que en las tercerolas del Concurso Nacional descubrieron esto de que un «wagon lit» puede improvisarse con un poco de buena voluntad.

La jornada fué larga, terca, monótona.

Hacia la una de la madrugada llegamos a Buenos Aires.

¡Agua, agua! —gritaban las chicas al avistar el *Monte Albertia*.

Y en él entraron al compás de la marcha navegante que compuso el «capi» durante las travesías peligrosas de la segunda guerra mundial.

«Adiós, *pámpa mía...*»

Unas horas de descanso y otra vez a la tarea. Pero ya nos quedaba poco de Buenos Aires, poco de la Argentina; ya se vivía contando los días, metiendo en la ciudad y en sus cosas esos ojos de la despedida, que quisieran cogerlo todo, acariciarlo todo, quedarse con todo.

Escalonadamente, las chicas actuaron en el Colón y en el Luna Park en dos funciones a beneficio de la Obra de Ayuda Social «María Eva Duarte de Perón». Y otra noche en una verbena popular en el Parque Retiro. En los tres sitios tuvieron los éxitos redondos.

Las chicas tenían invitaciones por grupos. Iban a los centros regionales y, naturalmente, acababan bailando las danzas de la más concreta nostalgia. El ministro consejero, señor Zulueta, guipuzcoano, estaba como loco con las bilbaínas, sin darle importancia a la rivalidad entre la Real y los leones de San Mamés. Areilza dió una cena

al Cuerpo diplomático y se llevó a unos cuantos grupos. Esta cena entraba en la serie de los habituales compromisos de cada Embajada, y el conde de Motrico pensó que cenas diplomáticas con Coros y Danzas son menos. Entonces solicitó la colaboración de nuestras camaradas; excusado es decir que a las chicas les gustó la idea, entre otras cosas porque se trataba de bailar en español delante de una especie de O. N. U. a escala reducida. La cena resultó un éxito de clamor, como dicen las gacetillas teatrales.

Se bailó como de costumbre, divinamente. Y aquel público, tan de aplauso lógicamente comedido, elegante, aplaudía casi como los gallegos y los andaluces del Luna Park.

Un embajador se acercó a una chica.

—Ha estado usted muy bien y ahora se merece esta copa de champán —le dijo.

La chica agradeció el convite. Acababa de bailar, tenía sed y se llevó la copa a los labios. Hizo un gesto de gracioso sobresalto y preguntó antes de beber:

—Oiga usted, ¿y qué hora es?

—Apenas la una y media.

—Ay, pues lo siento mucho, señor embajador, pero no puedo. Y para explicar cumplidamente lo que de otro modo pudiera parecer descortesía añadió:

—Luego tengo que comulgar.

Y aquel embajador, no católico, saludó conmovido el discreto fervor de una española.

A las dos se tocó retirada. Un cortejo diplomático escoltó los autobuses hasta el barco. La O. N. U. se rendía ante la gentileza de unas muchachas de España.

Bilbao, Málaga, Zaragoza y Vigo se fueron a bailar al Asilo de Ancianos Españoles. Eran viejos sin familia —o con familia,